

En el final era el deseo

Reflexiones acerca de la transferencia y la terminación del análisis

*Nadal Vallespir**

Resumen

(A modo de introducción)

Este trabajo pretende ser una reflexión acerca de la transferencia, de la terminación del análisis y de los vínculos entre ambas. Con este propósito se recurre a diversas fuentes, principalmente a la teoría y la práctica psicoanalíticas y a la literatura, que nos enseña acerca del amor y la muerte. Se procura que estas diferentes vertientes se articulen de tal manera que pueda proseguirse naturalmente, sin soluciones de continuidad, la travesía que es su lectura. Texto-propuesta que aspira a ser abierto, planteándose interrogantes que son resultado de la interpelación a esos otros textos. Desde el título, se intenta mostrar la co-incidencia del principio y el final del análisis así como la presencia siempre eficaz del deseo errante e indestructible. Principio y final del análisis, muerte y deseo, muerte y nacimiento, deseo y duelo, convergen en la transferencia, proveniente del deseo del analista. La terminación, ya contenida en el comienzo, resignifica todo el proceso psicoanalítico.

Se trata de aproximarse a la transferencia a partir de distintas dimensiones estrechamente anudadas: el amor, el deseo y la muerte. El amor instituido como engaño, la metáfora del amor, el analista como semblante del objeto a causa del deseo, van

* Héctor Miranda 2389 (11300). Montevideo

dando cuenta de los movimientos operados en la transferencia. Movimientos que van acercando la finalización del análisis y confluyen en ella. Des-ser del analista, destitución subjetiva del analizante, despersonalización que -al desmontar los soportes narcisísticos- da lugar a la a-parición del sujeto del inconciente. Prueba de angustia, atravesamiento del fantasma, reiterándose una y otra vez, asomo a lo real de la pulsión. El analista expulsado como resto, como desecho. Fin de análisis: se utiliza para su estudio el material de dos pacientes en trabajo-ritual de terminación.

Summary

(By way of an introduction)

This work intends to be a reflection about transference, the end of the analysis and the links between them. We have then had recourse to different sources, specially to the theory and the practice of psychoanalysis and to literature, that teaches us about love and death. These different sources have been made to articulate so that the journey that is their reading could be made naturally, with no solutions of continuity. Text-proposal that aspires to be open, and questions itself as a result of the interpellation to those other texts. Since the title, we have intended to make the co-occurrence of the beginning and the end of the analysis evident, as well as the always effective presence of wandering and indestructible desire. Beginning and end of analysis, death and desire, death and birth, desire and mourning end, already contained. In the beginning, remains all the psychoanalytic process.

The idea is to approach the transference from different tightly bound up dimensions: love, desire and death. Love instituted as deception, the metaphor of love, the analyst as an image of the object cause of desire, gradually give account of the movements operated in the transference. These movements gradually approach and meet in the end of the analysis. De-being of the analyst, subjective destitution of the analysing, depersonalization that -demolishing the narcissistic supports- gives rise to the re-appearing of the subject of the unconscious. Proof of anguish, piercing of the ghost,

repeated once and again, leaning into the real of pulsion. The analyst expelled as a rest, as a wreck. End of analysis: studied with the material provided by patients at end work-ritual.

*“Lo que denominamos el comienzo con frecuencia es el final.
Y llegar a un final es llegar a un comienzo.
El final es de donde partimos [...]”*

Thomas Stearns Elliot
(Little Gidding)

*“Terminando el análisis, somos esperados
ahora por ese sujeto que, sin saber, ya éramos y
que ahora pasamos a ser. Esto es porque ya fue:
tal es la ley más ineluctable del inconsciente*

Juan d. Nasio
(El Dolor de la Histeria)

*“-La uva -le susurró- está hecha de vino. [...] Si la uva está hecha de
vino, quizá nosotros somos las palabras que cuentan lo que somos”.*

Eduardo Galeano
(El Libro de los Abrazos)

Introducción

*“Coherente con su término es para mí el punto de partida, pues a él de nuevo tendré
que volver”.*

(Poema de Parménides)

*“Castración, desprendimiento, límite irreductible, que da cuenta de la falta, convocante
del deseo. ¿Fin (límite) del análisis? ¿O, paradójicamente, infinitud de este?” (N.
Vallespir, 1989). Fin del análisis, encrucijada donde convergen muerte y deseo (del
analizante y del analista), remitiendo a un comienzo que nunca cesa de terminar, final*

que jamás acaba de empezar. En tanto “*la transferencia es la puesta en acto de la realidad del inconciente*” (J. Lacan, 1964), del inconciente atemporal, principio y desenlace del análisis coinciden. Freud (1937) consideraba al complejo de castración como la “*roca de base*” de todo trabajo analítico. Roca basal que constituiría una frontera Infranqueable. Pero que, al mismo tiempo, podemos entender como la base, el basamento de todo trabajo analítico. No es de desechar que Freud en este trabajo de 1937 utilice más el término deseo, que el de envidia, del pene en la mujer. Dice Freud: “[...] *la esperanza de recibir [...] el órgano masculino que echa de menos dolidamente fue el motivo más intenso que la esforzó a la cura*”. (S. Freud, 1937). **Deseo del pene, encarnadura del falo para siempre perdido cuya búsqueda imposible no abandonamos nunca, deseo presente desde el inicio -apremiante en el síntoma y en la demanda- hasta el final del análisis, cuando algo de su verdad quizás sea revelado.** Presencia imperecedora que se extiende más allá de los confines del análisis.

“[...] *el mismo suplicio quirúrgico igualaba los nacimientos y las muertes*”. (I. Calvino, 1989a). Nacidos en la indefensión más absoluta, juguetes del lenguaje y del deseo, desde que asomamos a la vida estamos condenados a morir. El niño de dos a tres años comienza a angustiarse ante la muerte en la medida en que el vínculo dual, narcisista, va siendo superado por la constelación triangular. Actualización, vivencia, de la casi impensable mortalidad que, como el complejo de Edipo, acompaña nuestra existencia desde sus inicios, simbolizándola y resignificándola, al ser atravesados los avatares de cada individuo humano por su despiadada certeza. Certeza puesta continuamente en jaque [...] por el inconsciente como no-saber de la muerte”. (S. Cottet, 1991). Para Freud, la desmentida lo es de la castración y de la muerte”. “*Es como si tuviera ya la certeza de que todos en algún momento nos vamos a morir*”, se lamenta un analizante.

“*La relación que determina de un modo más profundo y general el sentimiento de nuestra existencia es La relación entre la vida y la muerte, pues la limitación de nuestra existencia por la muerte es siempre decisiva para nuestro modo de comprender y de valorar la vida*”. (Dilthey, citado por N. Abbagnano, 1980). Sin muerte no hay gestación, no hay creación, no hay nacimiento, no hay historia. Sin muerte no hay deseo. La unión dual, imaginaria, narcisista, implica la completud y la infinitud. No hay allí cabida para el deseo. La unión dual, imaginaria, narcisista, implica la completud y la

infinitud. No hay allí cabida para el deseo. Highlander, el último de los inmortales no puede tener hijos. Procrear implica la muerte de los progenitores, cederles su lugar a sus hijos. Freud (1923) considera que existe una [...] *semejanza entre el estado que sobreviene tras la satisfacción sexual plena y el morir* [...] y señala la coincidencia, en animales inferiores, de la muerte con el acto de procreación. Highlander es eterno, sin principio ni fin. El transcurrir del tiempo sólo lo puede visualizar en los efectos en un otro. El único deseo que puede albergar es el de morir. Deseo de muerte para abrirse al deseo. La mortalidad es el anhelado premio al último de los inmortales. Sólo un inmortal puede matar a otro y únicamente decapitándolo¹. Castración y muerte, finitud, falta que, en el único sobreviviente, llama el deseo. Podrá tener hijos², historia; se sucederán las generaciones. El oráculo que vaticina a Layo que si tiene un hijo, éste lo matará, no dice nada nuevo. La muerte de Edipo restablecerá el orden (simbólico), quebrantado anteriormente en el desquicio de la confusión de generaciones.

“Existe un río cuyas aguas dan la inmortalidad en alguna región habrá otro río cuyas aguas la borren”. (J. L. Borges, 1962). Este otro será buscado sin cesar. La muerte, por fin, recobrada. Para Freud, el valor de las cosas se debe a que son perecederas. Lo mismo podría decirse con respecto al objeto de amor. *“El valor de la transitoriedad es el de la escasez en el tiempo. La restricción en la posibilidad del goce lo torna más apreciable”*. (S. Freud, 1916). Una paciente, de alguna manera *“muerta en vida”* para no morir, no experimenta el paso del tiempo. Como si estuviera inmóvil, detenido. Sólo cuando le descubren una enfermedad que la enfrenta a la posibilidad de la muerte, cuando acepta que es mortal, comienza a vivir realmente y el tiempo empieza a transcurrir.

La otra cura del amor

“Vení a dormir conmigo: no haremos el amor, él nos hará”

Julio Cortazar

¹ En realidad, no hay un último inmortal sino dos. En el preciso momento en que Highlander mata a su rival postrero, adquiere la mortalidad. Es inmortal con otro o mortal con él.

² ¿Es la pulsión de muerte quien empuja a Highlander hacia la muerte? Pulsión de muerte que, en tal caso, habilita al deseo y permite la vida de los hijos. ¿Y en cuanto a los pacientes? ¿Debe jugar en el psicoanalista, al igual que en el analizante, la pulsión de muerte para que se produzca la separación?

La transferencia en el análisis no es mera repetición. Es también producción, creación; hay un verdadero trabajo de transferencia. E' amor de transferencia es decisivo: va a determinar lugares, posiciones, en analizante y analista. *Ambos* involucrados en la transferencia. Freud, de acuerdo a la traducción de López Ballesteros, no hable de conatransferencia del psicoanalista sino de transferencia reciproca (S. Freud, 1915), lo cual sin duda no significa lo mismo.

“Si Freud puede decir que todos los síntomas adquieren una nueva significación a partir del momento en que la cura analítica empieza. es porque el síntoma es un elemento que tiene una significación que se dirige al Otro. El síntoma es fundamentalmente un mensaje dirigido a un Otro. Se trata de determinar, y podemos ya percibir, en un primer análisis, en qué lugar el psicoanalista se coloca en la cura, se coloca en el lugar a donde se dirige el síntoma, es el receptor esencial del síntoma y, por eso, el lugar que le debe a la transferencia le permite operar sobre el síntoma” (J.A. Miller, 1991).

En la inagotable Carta 52 a su amigo Fliess, Freud le escribe: *“El ataque de vértigo, el espasmo de llanto, todo ello cuenta con el otro, pero las más de las veces con aquel otro prehistórico inolvidable c quien ninguno posterior iguala ya”*. (S. Freud, 1896). Y esto se lo dice a Fliess, soporte de su transferencia, ubicado por él en el lugar del sujeto supuesto al saber.

El síntoma es un mensaje dirigido a aquel que es el destinatario del deseo. El síntoma es, en parte, deseo y los síntomas neoformados de la neurosis de transferencia transportan visiblemente oculto el deseo dirigido al psicoanalista. Deseo que muchas veces ante la proximidad de la terminación (muerte) del análisis toma cuerpo en la reviviscencia de los síntomas. Deseo siempre insatisfecho, búsqueda imposible del objeto faltante que lo causa, desencuentro -fracaso- que se repite en la transferencia.

El amor de transferencia es engañoso no porque sea ilusorio sino porque el engaño es propio de todo amor. Según Freud, todo amor está basado en un prototipo infantil. Amar es señuelo, es querer ser amado y en esto reside el engaño. *“Amar es dar lo que no se tiene a quien no es”*. (J. Lacan, 1957-1958).

“[...] y comenzó así un amor colosal de esos de andar con tiritones, algo que no te

puedo describir porque no hay palabras. Aquello era Julieta y Dafnis y Cloe y Anna Karenina y Otelio y la Sulamita. ¡Todo, todo junto! ¡Era la alegría, pero más que La alegría era el frenesí, como si nos faltara el aire, como si nos fue ramos a morir de puro contentos!” (J. Gutiérrez, 1991). El amor, y el amor de transferencia no es excepción, se hace, nos hace, en *un registro in-falta-blemente* narcisista. Es todo y es inefable, no hay palabras para describirlo. En su captura Imaginaria asfixia y precipita a la muerte, esa inmortalidad. Pero también es engañoso en esto. Por su organización narcisista “*asegura*” la inmortalidad, la infinitud. Quizás por eso ciertas poblaciones carcelarias sustituyen la expresión “*hacer el amor*” por “*hacer vida*”.³ El psicoanalista recurrirá a la palabra, al orden simbólico, al Otro para no quedar atrapado -fascinado- en los espejismos de lo imaginario. Espejismos en los que la mirada, por supuesto, juega su seducción devoradora: “[...] *nuestras miradas se clavaron la una en la otra con una intensidad de serpientes. Serpientes sumidas en la pasión de tragamos mutuamente [...]*” (I. Calvino, 1989a).⁴ Importancia de

la posición del analista que, al estar sentado detrás del analizante, impide que sus miradas se encuentren.

El analista hará que el sujeto tome conciencia de la unidad de la imagen ignorada por él pero dibujada para aquel con su conducta. (J. Lacan, 1936). Escucha -mirada del analista- espejo que recogerá una Imagen dispersa para restituirla en una unidad Imaginarla. Pero Lacan no se detiene aquí. En “*Variantes de la cura-tipo*” (J. Lacan, 1955) expresa que “[...] *el lugar desde donde responde*” el analista es más importante que lo que responde. ¿Qué lugar es ese? El lugar del Otro, el lugar del lenguaje.

³ “La razón por la cual hablan sido retratados juntos era el amor extraordinario (en la piadosa prosa española la palabra estaba cargada de su aspiración ultraterrena) que uniera durante treinta años a la abadesa y a su confesor, un amor tan grande (en su acepción espiritual la palabra sublimaba la emoción corporal sin borrarla) que cuando el sacerdote murió, la abadesa veinte años más joven, en el espacio de un día se enfermó y expiró literalmente de amor (en la palabra ardía una verdad en la que todos los significados convergen) para unirse con él en el cielo”. (I. Calvino, 1989a). ¿Unirse en el cielo, en la muerte, con el objeto imposible, el a? ¿O la muerte aparece como objeto a?: Un analizante queda cautivado por la presencia silenciosa e inmóvil de la modelo, que le evoca a la muerte.

⁴ La realidad es imaginaria: “*Fuera de la pantalla, el mundo es una sombra indigna de confianza[...] Entonces, cuando se abría el telón y Búfalo Bill alzaba su cuchillo ensangrentado en el escenario, a la luz de las candilejas, entonces ocurría, por primera vez ocurría, de veras ocurría, la realidad*”. (E. Galeano, 1989). Una paciente sentía que vivía realmente sólo cuando estaba representando un personaje en el escenario. Junto a la representación, a la escena, la mirada universal del público. “[...] *vivimos en un sueño*”, afirma Miller (1991), y en esto coincide con Calderón de la Barca: “*La vida es sueño*”. El sueño, en cambio, nos aproxima a lo real incognoscible. Y es ahí cuando despertamos.

F. Cesio y colaboradores (1966) escribieron un interesante trabajo que, si bien no fue la intención de los autores, pone de relieve ese lugar del Otro en el análisis. Señalan que *“Ud. es derivado, por confracción, de Vuestra Merced. Por su mismo origen, pasando a través del plural Vos, abreviatura de vosotros, y primera fórmula de distanciamiento usada en lugar de tú, obedeció a la necesidad de constituir un trato indirecto, pudoroso, en tercera persona, que convierta al interlocutor en excluido, sea por temerosa veneración o por desprecio. [...] el trato de Ud., debe contribuir a que se disocie y coloque afuera, el afecto correspondiente de la relación transferencial, recreando, actual y continuamente, la “distancia” que fue el motivo de su formación, e introduciendo permanentemente un tercero, “abstracto” e “incorpóreo”, entre paciente y analista”*. Un ejemplo que utilizan es particularmente significativo. Imaginan un diálogo: *“Si te digo: **¿Quiere** vuestra merced (“Ud.”) escucharme? [...] te pregunto (a ti) si **tu merced** o sea **ella** y no **tú**, quiere escucharme”*.⁵

Tú eres otro, el otro especular, de la relación imaginarla. Tu merced, de quien demando su escucha, es el lugar del otro. Lugar desde donde responde el analista y también desde donde escucha. Cuando un paciente dice, por ejemplo, en sesión: *“Hoy no tenía ganas de venir al analista”*, como si hablara de un tercero, es porque está ubicando al analista en ese Otro lugar. Ese Otro está mediatizando el vínculo generado entre los dos actores del proceso psicoanalítico. En cambio, muchas veces los pacientes adultos que tutean a su analista son aquellos que tienden a establecer una relación dual, especular. Creo, pues, que estos autores se equivocan al considerar beneficioso para el curso de la cura que el analista tutee al paciente cuando se ha producido la elaboración de la relación incestuosa entre ambos. Pienso que es igualmente erróneo suponer al analista el sujeto sano, normal. Después de recordar que en *“Gradiva”* de W. Jensen, Zoe desempeña, según Freud, el papel de analista, llegan a afirmar que *“Zoe, que aparece como una muchacha normal, puede entonces utilizar un trato directo”*. (E. Cesio y cols., 1966). O sea, inmediato, tuteo: sin mediación de un tercero. Sin embargo, ¿no es también el analista un sujeto dividido marcado por la muerte y atravesado por la castración? ¿Y su división, como en cada quién, no es efecto del lenguaje?

Si el interlocutor, como sostienen los autores que nos ocupan, es excluido por dos

⁵ Negritas de los autores.

diferentes motivos: por veneración o por desprecio, podemos referirlos a dos momentos lógicos del análisis. En uno de ellos, el analista sería venerado, Idealizado, como Otro mientras que en el otro, el de fin de análisis, expulsado como resto, desecho, objeto CX que cae.

“[...] el sujeto, en tanto que sometido al deseo del analista, desea engañarle en ese sometimiento, haciéndose amar por él, proponiéndole él mismo esa falsedad esencial que es el amor. El efecto de transferencia es ese efecto de engaño en tanto que se repite en el presente aquí y ahora [...] detrás del amor llamado de transferencia podemos decir que lo que hay es la afirmación de la ligazón del deseo del analista al deseo del paciente”. (J. Lacan, 1964). ‘El deseo de cada uno es, por esencia, relativo al deseo del otro. Entonces, es poniendo entre paréntesis su propio deseo personal, que esta función del deseo, como proveniente del lugar del Otro, se manifestará [...] el deseo del psicoanalista no es entonces el deseo personal de un psicoanalista, es una función esencial para la confesión del deseo como exigiendo el reconocimiento” (S. Cottet, 1991). De allí, de esa función, del deseo del psicoanalista proviene, entonces, la transferencia. Como afirma Harari (1987): “Donde concluye la transferencia recíproca [...] comienza la conceptualización de Lacan acerca del deseo del analista”.

Lacan, en el Seminario VIII (La transferencia en su disparidad subjetiva, 1960-61), introduce la metáfora del amor. La metáfora, para Lacan, consiste en la sustitución de un significante por otro significante. En la metáfora del amor se produce, además, una inversión de los lugares. Para conseguir esto, el analista debe ser -según la propuesta de Lacan- “*semblante*” del objeto α , ubicarse en el lugar del objeto causa del deseo del analizante. La demanda del analizante conduce al analista al lugar idealizante de la identificación. (R. Harari, 1987). Instalándose como amable (eromenós), el analizante procura hacerse amar por el analista (amador, erastés). El deseo del analista consiste en destituirse del lugar idealizante de la identificación para instituirse en soporte del objeto α . De esta forma, eromenós pasa a ser erastés, de la dimensión del amor pasamos a la del deseo, instaurándose el sujeto de deseo, sujeto barrado $\$$. El analista pasa a ser eromenós, a ocupar el lugar del objeto CX causa del deseo, el lugar del resto, del desecho, en virtud del deseo del analista, deseo de la muerte.

LA ESCUCHA-MIRADA DE UNA VOZ QUE SE PIERDE

“Pienso que ni las palabras ni la vida sirven para nada sino para perpetuar desencuentros, es la reiteración del desencuentro de todas las cosas, nada más, así pasen veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, mil años”.

Una paciente

Interrogaré algunos fragmentos de un cuento de Italo Calvino (1989b): *“Un rey escucha”*, por sus analogías con la situación analítica.

“Un rey se distingue por el hecho de que está sentado en el trono, de que tiene la corona y el cetro. Ahora que estos atributos son tuyos, es mejor que no te separes de ellos ni un minuto”.

“En una palabra, en el trono, una vez que has sido coronado, te conviene estar sentado sin moverte, día y noche. [...] ¿Y qué es reinar sino esa otra larga espera? La espera del momento en que serás depuesto, en que deberás dejarte! trono, el cetro, la corona, la cabeza”.

El rey permanecerá impasible, irremediabilmente sentado en su trono y desde ese lugar escuchará-mirará.

“Había una voz, una canción, una voz de mujer que cada tanto el viento te traía hasta aquí arriba, desde una ventana abierta cual quiera, era una canción de amor que en las noches de verano el viento te traía ajirones y, apenas te parecía que habías aferrado algunas notas, ya se perdió nunca estabas seguro de haberla oído realmente y no sólo imaginado, no sólo deseado oírlo, el sueño de una voz de mujer que canta en la pesadilla de tu largo insomnio”.

[...] *tus deseos tienen nuevamente un objeto: ¿cuál? No la canción que habrás oído demasiadas veces, ni la mujer que nunca viste: te atrae esa voz como voz, tal como se ofrece en el canto”.*

“Esa voz viene seguramente de una persona, única. irrepitible como toda persona, pero una voz no es una persona, es algo suspendido en el aire, separado de la solidez de las cosas”.

“¿Es otro tú sin cuerpo el que escucha esa voz sin cuerpo? Que la oigas realmente o la recuerdes o la imagines, da igual”.

“Contagiado de su placer [de la voz] de dejarse oír, quisieras que ella te oyese escuchar, quisiera ser también tú una voz, oída por ella como tú la oyes”.

“[...] la voz de mujer que te llama y tu voz que la llama debes captarlas juntas en la misma intención de escucha, (¿o prefieres llamarlo mirada del oído?) [...] Dentro de un momento su voz y la tuya se responderán y fundirán hasta el punto de que ya no sabrás distinguir las [...] la voz de ella desaparece sofocada por el estruendo de muerte que invade el exterior, o que tal vez resuena dentro de ti. La has perdido, te has perdido [...]”..

¿El rey sentado en su trono no remeda al psicoanalista idealizado sentado en su sillón? Con los atributos del Otro conferidos por el analizante. Analizar, como reinar, supone una larga espera. Espera de la finalización, de la de-posición en todo su sentido, de la descoronación. Lo veremos más adelante a propósito de una analizante.

La voz, objeto de la pulsión invocante, objeto CX del deseo proveniente del Otro, desprendida del cuerpo, suspendida en el aire, perdida apenas aferrada. ¿De quién es esa voz? ¿A quién se dirige? La voz invoca y procura obtener la voz del Otro. Como voz busca la voz.

La voz, hecha canción de amor, juega en el engaño, intentando seducir como el canto de las sirenas a Ulises. Amar para ser amado. Pero el que escucha esa voz desposeída del cuerpo desde el lugar del Otro quiere ser también una voz. Reducirse a objeto, deseo del analista mediante: metáfora del amor. Renunciando a su propio deseo, silenciándolo pese a los llamados del amor, no cediendo a la tentación narcisista de permanecer ah donde se le quiere encontrar, se deja guiar por su deseo de la muerte. Por eso su voz también se pierde, constituyéndose en un fondo de silencio. O, más bien, se pierde el

analista hecho voz -que quisiera ser oído escuchar-, desvaneciéndose detrás del diván en un estruendoso silencio de muerte.

Voz-silencio, presencia-ausencia, el objeto CX, al ser causa del deseo, es ilusión de obturación de la -al mismo tiempo que hace-falta.

Pero en un momento, un tiempo lógico anterior, ambas voces se respondieron y fundieron sin posibilidad de distinción.

Nasio sostiene que el analista mira lo que escucha. Para alcanzar esto es necesario un proceso que dicho autor despliega en una secuencia artificial: [...] *primero, el analista escucha —→ después, al escuchar, olvida su yo — luego, él mismo se convierte en la materialidad sonora de las palabras pronunciadas → y, por último, percibe visualmente el origen inconsciente de lo que oye. [...] para mirar, vale decir, para ser lo que él ve, fue preciso que él sea lo que oye. [...] En síntesis, el analista mira lo que el paciente desea*". (J. D. Nasio, 1991). El analista es, entonces, lo que el paciente desea.

Existe una “*continuidad*” entre paciente y analista. Miller (1991) dice [...] *que el analista, en tanto que opera en la cura psicoanalítica, no es exterior al Inconsciente del paciente, [...] como significante forma parte de la economía psíquica. [...] es una formación del inconsciente*”. Afirmaciones tajantes, provocativas. Lo reprimido del paciente puede retomar, por ejemplo, en un lapsus o un sueño del psicoanalista. La topología lacaniana da cuenta de que el adentro y el afuera son una misma y única cosa. Esto me trae a la memoria un cuento de Cortázar: “*Continuidad de los parques*”, en el que no existe solución de continuidad entre el “*afuera*” y el “*adentro*”. Insensiblemente se pasa de uno a otro: la realidad exterior se extiende en la ficción de la lectura del protagonista, a quien le sucederá lo que está leyendo, prosiguiéndose en él.

Un cuento judío: Un zapatero muy pobre de Vilna sueña que se le aparece un sabio y le dice que bajo el puente de Londres encontrará un tesoro. Sobre el puente le cuenta su sueño a un soldado. Este, a su vez, le refiere su propio sueño: En Vilna, en casa de cierto zapatero, bajo el depósito de leña hay un tesoro. Vuelto a su casa en Vilna, el zapatero encontró un gran tesoro, cavando bajo su depósito de leña. (Versión resumida del cuento publicado en La República). El deseo es el deseo del otro; el retomo de lo reprimido en el sueño del otro permite encontrar el propio deseo. “*La interpretación es*

el retomo en el analista de lo reprimido del paciente”. (J. D. Nasio, 1988).